

LA IDENTIDAD DE LA ORDEN DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

SEGÚN LA REGLA DE JULIO II

(Citamos la Regla siguiendo la distribución por párrafos numerados, según la edición del P.Omaechevarría en su libro: “Orígenes de la Concepción de Toledo, documentos primitivos sobre Santa Beatriz de Silva y la Orden de la Inmaculada”, Burgos 1976)

La inspiración carismática de una Orden no está expresada solamente en la Regla. También se da en la experiencia privilegiada del Fundador, en nuestro caso la bella experiencia de Santa Beatriz de Silva; se da también en la tradición de la Orden, en nuestro caso particularmente fecunda; se da en las Constituciones Generales aprobadas por la Iglesia. Entre esas expresiones, sin embargo, la Regla ocupa un puesto capital.

La autoridad de la Iglesia, en efecto, acostumbra dar su aprobación a un carisma en su seno con un documento que recoge opciones evangélicas, criterios y actitudes espirituales, estructura jurídica, vida y misión, es decir, su identidad. Este documento no es otro que la Regla. Evidentemente, este documento es punto de referencia imprescindible a la hora de describir la identidad de una Orden. En él ha quedado plasmado lo que desea el Señor para nosotros según las mediaciones de Fundadora, tradición y reconocimiento oficial de la Iglesia.

En el caso de la Orden de la Inmaculada Concepción, la Regla fue “concedida y confirmada” (R 5) por Julio II. Tenemos, además, ulteriores testimonios, oficiales y no oficiales, en la Iglesia que garantizan que el carisma de esta Orden es reconocido en esta Regla. El último, el Decreto que aprueba las CCGG de 1993: “Este carisma, ya contenido en la Regla,...”. Como en cualquier otra Orden, el artículo primero de estas CCGG apoya la identidad y la vida de la Orden en la Regla: “...viven el Evangelio según la Regla y forma de vida aprobada por el Papa Julio II”.

Se trata, en consecuencia, de subrayar los núcleos fundamentales de la identidad en esta Regla. Esta exposición puede hacerse de varias formas: lineal, leyendo párrafo tras párrafo, etc. Parece preferible una exposición orgánica; es decir, exponer los núcleos y sus derivaciones.

Ofrezco aquí un intento, deseando vivamente que también se produzcan otros, por detectar y subrayar los núcleos espirituales de la identidad OIC según la Regla.

Elección, vocación y obra de Dios

Según la misma Regla, todo nace y todo se mantiene en la obra misericordiosa de Dios. El documento comienza con las palabras: “Inspiradas y llamadas por Dios” (en latín: “Illustratae). El P.Omaechevarría ha traducido con el término “Inspiradas”; la traducción tradicional prefería decir, acaso con acierto: “Alumbradas” (R 1). Dios da y Dios llama. El Padre ha ido enseñando muchas cosas al corazón, por el Espíritu, acerca de Sí mismo, de Jesucristo, de María, de la vida. Así ofrece su invitación y llama.

Es el misterio de su vocación misericordiosa, de su providencia de elección, de sus

cuidados paternales y eficaces. Y es el misterio de la Gratuidad de Dios, pues todo se ha hecho por El sin merecimiento nuestro. Solamente ahí nacen este carisma y esta vocación. Y ahí se mantendrán: se espera “ser iluminadas por el Padre de las luces y perseverar hasta el fin” (8).

Es algo primero y fundamental. Esta perspectiva alumbrada y sitúa correctamente todo en la vida como relación interpersonal, cuestión entre Persona y persona. No como listado de valores abstractos o normas impersonales.

Hemos sido amados gratuitamente como María. Y, lógicamente, en la concepcionista las relaciones con el Padre misericordioso son las mismas que vivió María: gratitud, confianza, esperanza, dependencia, abandono, alabanza...

Dios actúa en el corazón por la presencia y acción del Espíritu Santo

R 30: “Consideren atentamente las Hermanas que sobre todas las cosas, deben desear tener el Espíritu del Señor y su santa operación: limpiar la conciencia de los deseos terrenos y de las vanidades del siglo, y hacerse un solo espíritu con Cristo su Esposo, mediante el amor”.

La misericordia del Padre nos llega por la donación y operación del Espíritu Santo. Como en María. Su gran Operación siempre es separar de la mentira del mundo, y llevar a la comunión con Cristo.

En el Espíritu la llamada desea “desposarse con Jesucristo” (R 1) y “hacerse un solo espíritu con Cristo” (R 30). Así dice la traducción al uso. Pero en el texto original latino, ambas expresiones están en pasiva y probablemente esa pasiva quiere decir mucho: “Iesu Christo Redemptori nostro desponsari=ser desposadas con Jesucristo”, “unus spiritus effici cum Christo Sposo=ser hechas un solo espíritu con Cristo Esposo”. Con una traducción más rigurosa, el protagonismo del Espíritu adquiere mayor relieve. Deseo del Espíritu y apertura y sumisión a su acción será siempre componente fundamental de la espiritualidad de la concepcionista.

“Hacerse un solo espíritu con Cristo”(R 30).

Es el gran regalo y destino de Dios. El gran don y la llamada central. La pasión fundamental de la hermana.

Jesucristo es el eje central de esta Regla. En la Regla no aparecen los términos “seguimiento”, “seguir”. Se usa el término “imitar”: 8; “imitadoras”: 44; “conformarse”: 18. Sin utilizar el término, viene traído el concepto: 14, 15, 19, 39. Sin duda, el criterio de reproducir la vida de Jesucristo es esencial como idea clave de la Regla. Es una Regla cristocéntrica y cristiforme.

Pero esta Regla no lleva solamente a una reproducción moral de las enseñanzas y vida de Jesús. Va más al fondo. Se trata de un deseo más teológico y fundamental. Alcanza todo el Evangelio, y quiere llegar a la comunión de sentimientos y de vida con Jesucristo. Hay expresiones verdaderamente felices en la Regla: “desposarse con Jesucristo nuestro Redentor” (1); “hacerse un solo espíritu con Cristo, su Esposo”(30); denominar una y otra vez a Cristo con el dulce y polarizador nombre de Esposo para la concepcionista:16, 19, 29, 30.

La vida es, en consecuencia, un desposorio vital con Jesucristo nuestro Redentor. Este es el objetivo central y final. Su deseo primero (1) y permanente. Con toda la enorme carga afectiva, doctrinal y mística que conlleva este concepto de desposorio con Cristo. La frase redonda, definitiva, está en el rico n. 30: "hacerse un solo espíritu con Cristo su Esposo" (30). Se abre todo horizonte, recordamos a Juan, a Pablo. De forma que Cristo viva en mí, ame en mí al Padre y a los hermanos. Y yo viva desde El, con El, para El. Y en mí El diga una palabra al mundo.

Todo en la vida de una concepcionista es experiencia de la vida de Jesucristo. Todo se convierte en personal, en interpersonal. Todo es en El, por, con El. La vida en Cristo y con Cristo, como Cristo. Entonces el trabajo permanente de formación es concepción, maternidad de una nueva experiencia de Cristo.

Estamos ya en una vida litúrgica genuina: "una oblación personal que se ofrece a nuestro Redentor y a su gloriosa Madre, entregándose a El como hostia viva en alma y cuerpo" (2). Que se expresa y refuerza en una vida eucarística esmerada (34). Se aplica Rm 12, 1-2.

Ahora bien, Jesucristo nos lleva consigo al Padre.

Es una vida consagrada: R 12. La concepcionista es consagrada en Cristo y con Cristo por el Padre y ella se consagra al Padre en alianza de fecundidad. A El ofrece su vida con la profesión de los consejos evangélicos (R 5, 16, 22, 45, 46); a El quiere servir en un servicio creciente (R 9, 41); todo lo ordena a su gloria (R 12); a El alaba (R 32, 33).

La vida de la concepcionista es una vivencia trinitaria. Dios Trinidad inspira y llama a María, también a la concepcionista. Esta, regenerada por el Espíritu de Dios, se convierte en acogida generosa de las iniciativas del Padre sobre su propia vida. Seducida por el amor divino, abandona la vanidad del siglo y desea desposarse con Jesucristo. Y va al Padre. Considera este proceso como el mayor bien recibido del Altísimo.

"Por Cristo, con El y en El, a ti, Dios Padre Omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y gloria". Es el fundamento y centro.

Consecuencia en la vida es alimentar una vida trinitaria, siendo constantemente, como María, "tálamo celeste y singular" de la Trinidad. Cuidando de vivir en el Espíritu, hecha un solo espíritu con Cristo, que está vuelto al Padre. Particularmente en la oración litúrgica y personal, pero también en todo momento. Una vida trinitaria exige interioridad, recogimiento, purificación de fe y de amor.

Observaciones:

Ahora, bien, antes de seguir adelante, nos hacemos dos preguntas muy importantes: ¿Cómo es presentado Jesucristo por esta Regla? ¿Qué aspectos de la vida de Jesucristo nos ofrece esta Regla de vida para que los imitemos?

Jesucristo es presentado así:

- . Es el Redentor, 1, 2, 18, 44;
- . humilde y pobre, 8;
- . pobre, 18 y 19;
- . humilde y manso, 44;

- . no vino a ser servido sino a servir, 15;
- . Esposo de sus siervas, 1, 16, 19, 29, 30;
- . Eucaristía, 26, 27 y 34.

¿Qué aspectos de la vida de Jesucristo nos ofrece esta Regla de vida para que los imitemos?

- . Los consejos evangélicos de obediencia, sin propio y castidad, 1;
- . también la opción contemplativa de desierto, 1, 20ss; 32ss;
- . una vida consagrada al Padre, 5, 12;
- . humildad y pobreza, 8;
- . amor servicial, gratuito e igual a las hermanas, 14 y 15;
- . pobreza, 18 y 19;
- . amor a los enemigos, 31;
- . las obras de caridad, 39;
- . humildad y mansedumbre, 44.

En otros lugares, se pide, aunque no se hace referencia expresa a Cristo, la humildad: 6, 7, 19, 46; y otras veces, la caridad y benignidad: 7, 13, 36, 37, 38.

Consecuencias para la vida: nuestra vida es participación del misterio pascual de Cristo, entregado al amor en pobreza y humildad, mansedumbre y benignidad, las virtudes señaladas de Cristo.

Un “hacerse un solo espíritu con Cristo” como María, por María, en referencia a María

El n. 1 de la Regla dice: “venerando la Inmaculada Concepción” de María (en latín: “eiusdem Genitricis Inmaculatam Conceptionem venerantes”; no precisamente “a honra de la Inmaculada Concepción” en sentido de objetivo final, como la traducción al uso. La traducción tradicional era más fiel). El proceso de hacerse un solo espíritu con Cristo va iluminado, conducido, marcado fuertemente por la presencia de María, y concretamente por el misterio de su Inmaculada Concepción.

La Regla OIC señala diversas referencias a María en quien profesa esta Regla.

- . El desear desposarse con Jesucristo va unido a una voluntad de veneración de la Inmaculada Concepción de María, 1;
- . La oblación personal que se ofrece a nuestro Redentor, se ofrece también a su gloriosa Madre, 2;
- . La vida de amor y servicio a nuestro Señor es también vida de amor y servicio a la Inmaculada Concepción de su Madre, 5;
- . El vestido y el calzado es un recuerdo, signo, canto y proyecto de vida para María y como María. Misterio de gloria y pobreza a la vez, 6,7 y 8;
- . Procurarán imitar la humildad y pobreza de nuestro Señor Jesucristo y de su Madre bendita, amando la santa pobreza, 8;
- . Procurarán que se incremente la devoción de la Purísima Concepción de la Virgen, 9;
- . Todo se ordene a la gloria de Dios y de su Santísima Madre, 12;
- . Deben reputar como la mayor riqueza el conformarse con la pobreza que para sí escogieron nuestro Redentor y su Santísima Madre, 18;
- . Alabarán constantemente al Señor por la Concepción Inmaculada de María, 32;
- . Sean benditas las que ayunen los sábados voluntariamente en obsequio de nuestra Señora, 35;
- . Son imitadoras de la santa pobreza de la Madre de Dios, 41;

. Muéstrense verdaderas imitadoras de la humildad y mansedumbre de nuestro Redentor y de su dulcísima Madre, 44.

Observaciones:

María ocupa un puesto importantísimo en la vida marcada por esta Regla Como en dos niveles: Uno, muy preponderante, el misterio de la Inmaculada Concepción. También, por extensión, toda la vida de María.

El misterio de la Inmaculada Concepción polariza fuertemente. Da origen a:

- . una vida en veneración, 1;
- . en amor y servicio, 5;
- . entronizan en su corazón a la Madre de Dios Inmaculada, 6;
- . representando y haciendo suyo el misterio a través del vestido y de la vida, 6, 7,8;
- . incrementando su devoción, 9;
- . alabando al Señor por esta acción, 32.

El misterio de la Concepción Inmaculada de María es un misterio de enorme riqueza espiritual. Es la acción misericordiosa de Dios con que se inicia el Nuevo Testamento, como pura gracia. El Padre ha amado a María desde la eternidad, gratuitamente, ilusionadamente, y en su poder santo la santifica antes de crearla. Dios se revela como don incondicional. El Hijo la ha redimido con su vida y muerte. En el corazón y en la raíz del misterio de la Inmaculada subyace la visión de Cristo Redentor con su redención que se adelanta a la concepción de María como su fruto primero y excelente. El Espíritu Santo la ha llenado, desde el primer instante de su ser, de toda belleza, pureza, hermosura. María no es nada, es receptividad en pobreza total. Es disponibilidad gratuita, incondicional. Este gesto de Dios marca toda la vida de María, como prolongación de este primer momento.

Esta Orden de la Inmaculada Concepción está destinada al servicio, la contemplación y la celebración del misterio de María en su Concepción Inmaculada. Pero la mejor forma de celebrar este misterio es (y ello constituye la originalidad de esta intuición) fundamentar en ella la vida, en la medida de lo posible, con un corazón puro y disponible a la acción de Dios.

Este don y llamada del Señor es una espléndida riqueza del seguimiento carismático de la OIC que marca unos sentimientos coherentes: Actitud de fe y confianza, gratuidad, universalidad de la entrega, actitud humilde de la propia realidad, sentido íntimo de la pobreza, apertura al Espíritu, gratitud, alabanza universal, disponibilidad, actitud de fiat. Un corazón puro. Pureza de mente y de cuerpo. Victoria sobre el pecado y el mal, incluso relativización de todo el resto de las cosas.

Pero también es presentada toda la vida de María, como ejemplar de vida. ¿Qué virtudes en particular presenta esta Regla para que sean imitadas de María?

- . su conducta inocentísima, 7;
- . la humildad y menosprecio del mundo que practicó, 7;
- . su humildad y pobreza, 8;
- . su pobreza, 18, 41;
- . su humildad y mansedumbre, 44.

Tanto más que la Inmaculada Concepción de María es un misterio en el que, junto al Poder y Misericordia de Dios, se muestra la nada y pobreza de la criatura.

Consecuencias: una vida, como la de Jesucristo y de María Inmaculada pobres, en pobreza, humildad, mansedumbre y servicio.

Un “hacerse un solo espíritu con Cristo”, contemplativo, participando de la tradición monástico-contemplativa

Jesucristo es infinitamente rico en dimensiones y aspectos. En esta Orden es imitado en varios aspectos fundamentales. Un aspecto muy significativo: es imitado como aquel entregado a la oración en Nazaret, en el desierto, en el monte, en la cruz, en la eucaristía, el contemplativo.

Para ello se elige una forma de vida que facilite un ámbito espiritual, organizativo y material adecuado, y se toma la herencia de la tradición contemplativo-monástica.

Se trata de la venerable forma de vida cristiana, centrada de tal manera en la contemplación, que constituye en torno a ella mundo aparte, el monasterio. Había sido vivido en formas y matices diversos por la familia benedictina y su reforma cisterciense, por otros grupos y también por las dominicas, las agustinas, por Santa Clara, quien conjuntó las intuiciones evangélicas de su amigo Francisco con la tradición contemplativo-monástica. Se mantuvieron siempre como valores esenciales la primacía de la contemplación, estabilidad, ordenación de la vida en alejamiento del mundo, vida comunitaria y bajo autoridad, alabanza litúrgica, lectura espiritual, silencio, austeridad, trabajo, paz ambiental y de todo orden, en favor de la unidad de la persona y la constante unión con Dios.

Esta Regla mantiene y expresa estos valores:

- . Los nombres: Monasterio, Monjas;
- . abandono de la vanidad del siglo, 1;
- . la perpetua clausura, 1;
- . Regla común;
- . autoridades: Abadesa, Capítulo, 4, Discretorio, 7. Elecciones por la misma Comunidad, 13;
- . año de prueba, profesión, 5;
- . hábito común, 6; bienes en común, 17; solución de los problemas de salud, etc. en común, 36;
- . casa con coro, capítulo, locutorio, 7 y todas las otras dependencias propias que constituyen mundo propio con fin religioso;
- . oficio divino y liturgia, 32, 33, 34;
- . ayuno, 35;
- . trabajo, 40;
- . silencio, 42.

Este don y llamada específica del Señor es también una espléndida riqueza del conjunto carismático de la OIC. Tiene, como consecuencia, la invitación a cultivar estos valores que caracterizan una vida contemplativo-monástica y que son de gran ayuda para la paz del corazón y la comunión permanente con Dios.

Un “hacerse un solo espíritu con Cristo” en lectura evangélica franciscana

Cristo es imitado en una lectura evangélica, en una perspectiva espiritual, en unas formas de piedad y perfección, en una estrecha relación familiar, en una historia compartidas con la familia franciscana.

Los documentos eclesiales dicen que una espiritualidad en la Iglesia nace de una particular visión e imitación de Jesucristo. Uno de sus testimonios: “La señal distintiva de cada Instituto religioso se halla en el modo en que los valores de Cristo se expresan visiblemente”(Documento “Elementos esenciales de la doctrina de la Iglesia sobre la vida religiosa”, 16).

Esta Regla expresa e invita a vivir, ya lo hemos visto, los valores de Cristo en una lectura franciscana.

Otro tanto ocurre con María. Esta Regla expresa e invita a vivir, ya lo hemos visto, los valores de María en una lectura franciscana.

De donde brota toda una perspectiva espiritual. Es el divino camino de la humildad y pobreza de nuestro Señor Jesucristo y de su Madre bendita; asociación al Misterio Pascual de Cristo Redentor. Es hacer de estos rasgos del Señor y de su Madre, nuestra propia forma de ser y de vivir: deseo del Espíritu y de su operación, gozosa actitud filial, disponibilidad y gratuidad, humildad, pobreza, mansedumbre y servicio, fraternidad igualitaria, autoridad maternal, obediencia caritativa, trabajo fiel y devoto...

En consecuencia, lo franciscano no es algo periférico, jurídico u organizativo. Lo franciscano resulta ser en la Regla la lectura carismática de la persona y vida de Jesucristo, de la Concepción inmaculada y vida santa de María, trayéndola a la vida propia por la fuerza del Espíritu. Es decir, algo nuclear. Es aquí donde se da una primera vinculación de la OIC con Francisco y su familia, compartiendo una visión teológica y espiritual y unas opciones evangélicas, que se vivirán dentro del conjunto carismático propio y original de la Regla de la OIC.

De donde brotan unas formas de piedad y perfección. La Regla describe una vida polarizada por el misterio de la Inmaculada Concepción de María con un entorno complementario de interpretación y aplicación tomados ampliamente de la espiritualidad franciscana con numerosos valores que, junto con los que provienen de la tradición monástico-contemplativa, concretan y complementan esta forma de vida. Son numerosos estos elementos. Son rasgos, tomados incluso literalmente, de los grandes documentos franciscanos.

De donde se sigue una estrechísima relación familiar con diversas manifestaciones:

. Francisco ocupa un puesto singular en la fórmula de profesión, en la liturgia, 34; se celebra con gratitud su presencia y orientación.

. La autoridad de Visitador se confía a los Hermanos Menores de la Observancia, a quien se debe obediencia, 10. El Visitador tiene amplia participación en la vida de la Comunidad: 4, 11, 13, 17, 21. La Regla presenta una autonomía del Monasterio regulada por la autoridad confiada a los Hermanos. Esta equilibra esa autonomía con referencias a los valores y a otros Monasterios. Las relaciones con los Hermanos hoy en día han adoptado otras modalidades, no siendo esas modalidades señaladas por la Regla de carácter substancial, como lo es el compartir los valores espirituales.

Este don y llamada del Señor a participar en el espíritu franciscano es también una espléndida riqueza del seguimiento de Jesucristo en el carisma de la OIC Y requiere una asimilación y una coherencia para vivir los valores señalados.

Un conjunto carismático muy rico

Estos tres elementos: centralidad de la Inmaculada Concepción, tradición contemplativa monástica, lectura evangélica franciscana forman un conjunto carismático muy rico.

Son tres elementos que se conjugan perfectamente, como don y como llamada, en la vida y en la Regla de la OIC. No se excluyen; al revés, se complementan. Se interrelacionan reforzándose mutuamente. Incluso puede reconocerse una cierta connaturalidad entre ellos: María en su Inmaculada Concepción es respuesta, sobre todo, de admiración, gratitud y amor, contemplativa; se siente pobre y humilde. La hermana concepcionista se viste, como María Inmaculada en el cielo, de blanco y azul (6), en vileza de vestidos (8).

No hay nada que romper. Hay que integrar estos valores, como lo hacen la Regla y la tradición. En esta OIC histórica, reconocida por la Iglesia como querida por el Señor, no basta la centralidad de la Inmaculada sin opción contemplativo-monástica y sin lectura evangélica franciscana. No basta la opción contemplativo-monástica sin la centralidad de la Inmaculada y sin la lectura evangélica franciscana. No basta la lectura evangélica franciscana sin la centralidad de la Inmaculada y sin la opción contemplativo-monástica.

Abandonar cualquiera de los elementos rompe el conjunto carismático de esta Regla. La centralidad de la Inmaculada se expresó y se enriqueció (entre otras maneras que eran posibles) con la opción contemplativo-monástica y la lectura evangélica franciscana. Por otra parte, la fe en la Inmaculada proviene de la lectura evangélica franciscana. Se completa un círculo lógico y precioso. Y cada elemento colorea, enriquece, configura a los otros elementos.

Cada uno de estos elementos trae consigo maravillosos valores espirituales, con sus consiguientes consecuencias vitales y formativas. Y todos juntos llevan conjuntamente a un seguimiento de Jesucristo hasta hacerse un solo espíritu con El.

Esta Regla intenta que cada hermana y la formación comunitaria procuren que sean conocidos y asimilados cada uno de los elementos de esta riqueza carismática. Y que se integren entre sí. Para que ninguno quede dislocado, sino que todo logre su unidad.

Una Regla en dinamismo de permanente crecimiento

Quisiera poner de relieve el carácter dinámico de este documento. Estas páginas buscan dar aliento, empujón, fuerza para crecer, aliento para la formación. Son un divino camino (2) hacia la comunión plena con Cristo Esposo hasta "hacerse un solo espíritu con El" (30). Se quiere participar de sus actitudes y sentimientos, y para ello se desea el Espíritu del Señor y su santa operación. Se quiere alcanzar a participar plenamente en un misterio de María tan lleno de fuerza vital como es su Concepción inmaculada. Todo en la Regla está orientado a ayudar a la hermana a vivir este proceso de vida y santidad. El ser una desposada del Señor exige el vivir en tensión constante de conversión y maduración.

Una Regla de amor

Cuando alguien profesa esta Regla, la toma porque se siente amada, elegida y quiere amar: deseando desposarse con Jesucristo (1), amor que lleva a la entrega total y

definitiva en alma y cuerpo (2), rubricada por la profesión que se hace “por amor”(5). Ama a María hasta entronizarla en el corazón (7). Así ama la pobreza (8). Ama el silencio (42). Ama a la Abadesa (13) y le obedece con amor (13). La Abadesa ama a todas en Cristo Jesús (14), las cuida como madre espiritual (37), las dispensa de las prescripciones de la misma Regla, si así conviene.

Todo progreso se logra por el amor: “mediante el amor”, “hacerse un solo espíritu con Cristo su esposo mediante el amor”(30). El amor hace que el alma se purifique, que se deseen las virtudes y se rechacen los vicios. El amor da fuerza para perdonar a los enemigos, el amor da dulcedumbre a la vida (30 y 31).

En esta Regla, aparte las determinaciones sobre la clausura en las que se atiene a la legislación eclesiástica, no hay rigideces o excesos ni en pobreza, ni en ayunos, ni en penitencias, ni en trabajo; ni en controles, amenazas o en castigos. Ni siquiera en oraciones. Es un lenguaje de amor.

Esta Regla es un documento jurídico, sin duda. Pero sobresale en ella su condición de ser documento de Alianza entre el Padre, Cristo, el Espíritu, María en su Inmaculada Concepción, la Iglesia, las hermanas, la hermana. Es un documento espiritual, expresión del carisma y vocación de esta Orden. Domina el amor: esponsal con Cristo, filial con María, fraterno entre sí.

Javier Unanue